

PANDORA

Jesús María Sáez

PANDORA

Una novela de Jesús María Sáez «Txusmi Sáez»

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 979-8748198370 Tapa blanda

ISBN: 979-8749113334 Tapa dura

Vitoria-Gasteiz, País Vasco - Basque Country (España - Spain)

info@txusmi.es

www.txusmi.com – www.txusmi.es

www.jesumariasaez.com

Fotografías: Itsaso E.L., @warrior_ert y Txusmi Sáez

Modelos de portada: Ruben E. y B.S.J.

Modelo interior: Karolina Moncada

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección de textos: Rosina Iglesias

Código de registro legal CCA (Todos los derechos reservados):

1906131157127 Novela

1906131157622 - 1906131157646 Portada

Depósito Legal: LG G 00226-2021

Inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual de Autores del País Vasco



«Como castigo por el robo del fuego divino cometido por Prometeo, los dioses entregaron a Pandora una caja en la que estaban reclusos todos los vicios y los males. Al abrirse la caja salieron las perversidades, las depravaciones y las fuerzas oscuras hacia el mundo de los humanos».

(Y al parecer aún siguen sueltas entre nosotros...)

ÍNDICE

<i>PRÓLOGO</i>	09
<i>CAPÍTULO 1</i>	19
<i>CAPÍTULO 2</i>	25
<i>CAPÍTULO 3</i>	35
<i>CAPÍTULO 4</i>	45
<i>CAPÍTULO 5</i>	55
<i>CAPÍTULO 6</i>	65
<i>CAPÍTULO 7</i>	75
<i>CAPÍTULO 8</i>	85
<i>CAPÍTULO 9</i>	97
<i>CAPÍTULO 10</i>	101
<i>CAPÍTULO 11</i>	107
<i>CAPÍTULO 12</i>	117
<i>CAPÍTULO 13</i>	125
<i>CAPÍTULO 14</i>	131
<i>CAPÍTULO 15</i>	139
<i>CAPÍTULO 16</i>	149
<i>CAPÍTULO 17</i>	155
<i>CAPÍTULO 18</i>	165
<i>CAPÍTULO 19</i>	177
<i>CAPÍTULO 20</i>	187
<i>CAPÍTULO 21</i>	197
<i>CAPÍTULO 22</i>	209
<i>CAPÍTULO 23</i>	217
<i>CAPÍTULO 24</i>	227

<i>CAPÍTULO 25</i>	235
<i>CAPÍTULO 26</i>	243
<i>CAPÍTULO 26</i>	255
<i>EPÍLOGO</i>	261
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	265
<i>EL AUTOR</i>	269
<i>OTROS TÍTULOS PUBLICADOS</i>	271

PRÓLOGO

«Este año cumpla veinte años y estoy cansada de esconderme, de tener miedo de mi propio nombre, de mi cara, de lo que ocurrió en el pasado; de fingir ser otra persona. Ese pasado no debería convertirme en una persona cerrada y solitaria, así que he decidido intentar ser yo misma y hacer todo en mi propio beneficio.

He creado perfiles en las redes sociales. La propia prensa local me llamó y acepté: no es un intento de tortura, lo que ocurre es que tienen un público muy amplio, muchos suscriptores y una gran audiencia. Toda mi vida me crucé con personas inadecuadas, por lo que la reacción de los espectadores que pudieran verme no me asustaba. Tienes que abordar todo con un poco de humor y paciencia.

Hay personas que me escriben mensajes personales muy desagradables, gente que me muestra su odio sin conocerme ni saber mis circunstancias. Pero, afortunadamente, hay personas buenas, respetuosas, que me escriben cosas agradables, deseos de que mi situación mejore, y me dan ánimos. Por cierto, hay más de estas últimas que de las que me desprecian.

Me viene a la memoria cómo, cuando vivía en la casa de mis padres, hubo personas que vinieron a verme hasta mi propio domicilio. Esto fue antes de que *saliera de las sombras*, por así decirlo. Supuestamente, alguna de las antiguas compañeras filtró mi dirección privada: vinieron extraños y fue todo muy aterrador; pasé mucho miedo porque nunca sabes qué puedes esperar de los desconocidos que llegan a buscarte movidos por el morbo o sus impulsos.

Recuerdo exactamente cuándo empezó todo. Yo tenía entonces diez años. Una amiga mía con la que jugaba tenía a su vez otra amiga que participaba en aquel asunto. Así que de alguna manera me invitó a mí también a participar con ellas para anunciar ropa infantil. Estuve de acuerdo y fui.

Esta chica inmediatamente me advirtió que los padres no deberían saber nunca nada de todo eso. Aunque me sorprendí, en principio, la primera sesión fotográfica fue normal, con ropa, por supuesto. Pero ya desde el principio me di cuenta de que algo resultaba raro; mi joven intuición me decía que la cosa no era tan normal como parecía: miradas cómplices, sonrisitas, ciertas poses un tanto forzadas. Y luego, de alguna manera, todo empezó y siguió y siguió...

Ni mis padres ni los de las demás niñas sospechaban nada. Primero, porque nunca llegábamos tarde a casa; siempre volvíamos antes de que empezara tan siquiera a anochecer. En segundo lugar, porque existía la posibilidad de decir alguna mentirijilla como que estábamos con las amigas y se nos había hecho un poco tarde mientras jugábamos. Nosotras, mientras, nos reuníamos con él en un lugar designado lejos de la gente, para evitar así que nadie viera cómo nos subíamos varias niñas pequeñas en el coche de un adulto desconocido y nos íbamos a algún lado. Es decir, era muy fácil mentir sobre el hecho en sí, y nuestras familias nos creían. Ya tenían bastantes preocupaciones en la vida. Y en tercer lugar, porque todo esto no duró mucho tiempo: él fue detenido bastante pronto y los padres simplemente no tuvieron tiempo de sospechar nada de lo que había ocurrido.

Como después supimos, los pedidos de fotos y vídeos provenían del extranjero. De diferentes países, de diferentes personas que *aman a los niños* y les encanta mirar y observar a las niñas desnudas y haciendo sexo. Todo se pagaba a través de cuentas oscuras. A veces, incluso, llegaban sugerencias en inglés a modo de guiones con lo que querían que hiciésemos. Él los traducía y luego nos los leía para interpretar las escenas eróticas, como un juego teatral. ¿Por qué adquirí tanta fama y fui tan popular al final? Porque la mayoría de las peticiones iban dirigidas hacia mí. Yo era la más atractiva y sensual de todas las niñas, según los gustos de los clientes. Se obsesionaron conmigo.

Es difícil para mí responder a la pregunta de por qué acepté, por qué fui allí, a aquel apartamento alquilado y hacer lo que hice. Tenía una buena familia, no nos sobraba el dinero y nunca habíamos

necesitado nada de los demás. Tenía tres hermanos y una hermana, y mis padres no me prestaban mucha atención, eso es cierto. Mi padre trabajaba mucho, mi madre se ocupaba de los niños y yo le ayudaba. Y eso es todo. Mis padres pusieron todo su esfuerzo para sacarnos adelante, nos dieron todo lo que nos pudieron dar.

Él nos entregaba dinero, bastante dinero. Y, de hecho, cuando lo recibíamos, ni siquiera sabíamos en qué gastarlo; éramos pequeñas. Más de la mitad del dinero lo guardé. Los padres, por supuesto, no sabían nada en absoluto ni de lo que hacíamos ni del dinero que ganábamos. Mis amigas estaban en una situación similar en sus casas, pero el caso es que todas las chicas confiábamos mucho en él. No hubo presión psicológica, no hubo amenazas en plan de decirles algo a los padres, no. No se lo diría jamás a nadie, sabía perfectamente que lo meterían en la cárcel si alguien se enteraba de lo que hacía con nosotras. Y sería una tontería, por tanto, amenazar a las niñas. De hecho, era como un amigo para muchas de nosotras. Para ser sincera, fuera de la filmación, siempre podíamos llamarlo. Él siempre venía y hablaba contigo, o simplemente escuchaba, no quería nada más; venía a ayudarte o animarte. Podía darte dinero si te hacía falta por algo, o llevarte a alguna parte si tenías que ir. Era como un amigo, como alguien muy cercano, un tío o un familiar que se preocupaba por lo que te pasaba. Yo entonces me sentía muy sola y hablé con él unas cuantas veces.

Lo detuvieron en invierno, casi en mi cumpleaños; yo iba a cumplir los doce años. Hasta donde yo sé, hubo una chica que invitó a su amiga a filmar. Pero resultó que el padre de esta amiga trabajaba en la policía. Y cuando encontró el dinero que ella guardaba en casa, su hija le acabó confesando dónde y cómo lo había conseguido.

Cuando lo detuvieron, comenzaron los rumores entre las chicas. Recuerdo que un día en que caminábamos varias de las amigas por la ciudad, Tanya se me acercó y me dijo: —«*Lo han detenido; tienen todo el material que hemos grabado durante estos últimos años, estamos jodidas*»—. Y, de pronto, todo se derrumbó para mí. Sabía lo que comenzaría a partir de ese momento. Era cuestión de tiempo. Ya me estaba preparando. Tenía miedo de mis

padres, de sus reproches. A esa edad, todavía no temía la reacción de la sociedad.

Nadie sabe aún cómo llegó todo ese material a internet. Muchos dijeron que alguien de la propia policía lo filtró, porque allí en la central lo tenían todo. Otros creen que los clientes y consumidores lo colgaron en las redes, o tal vez los *hackers* piratearon el contenido para venderlo en la *darknet*. De todas formas, cuando todo esto salió a la luz en internet, se acabó. Se convirtió en un velo, en una cruz pesada sobre mi vida.

Lo primero empezó, como es de lógico de suponer, con la reacción de nuestros padres. Cuando llegó la citación de la policía, mi madre me acompañó a declarar. Cuando le contaron todo, ella salió de la comisaría llorando, no entendía nada: cómo podía perderse en un vacío tan grande por la vida de su propia hija. Después llegaron los interrogatorios de la policía. Fue muy difícil, porque nunca pensamos que tendríamos que dar tantos detalles y recordar todo lo ocurrido esos años. Fue muy duro. Me llevaron a los apartamentos donde rodábamos los vídeos porno y me acordé de todo lo vivido. Tuvimos exámenes forenses. Sin embargo, no tuvimos psicólogo durante los interrogatorios, algo que debiera ser imprescindible para nuestro bien, pero, por lo menos, la investigadora que nos interrogaba era muy legal con nosotras, tranquila, comprensiva y no nos presionó.

Estuvimos en varias sesiones del juicio. Nada dependía de nosotras en absoluto. Simplemente nos sentábamos, escuchábamos y guardábamos silencio. No nos preguntaron nada; los informes policiales y las pruebas fueron suficientes. Nuestros padres estaban casi en estado de *shock*, nadie se miraba entre sí; todos estaban avergonzados de sus hijas. No hubo unión entre las familias para apoyarnos y además no nos dejaban hablar entre nosotras.

El acusado estaba sentado tras unas rejas en el juicio. Se disculpó ante el juez, pero más pensando en sus propios padres que en nosotras. Aceptó todos los cargos. Eso no jugó demasiado a su favor para aliviar la condena. Al dictaminar sentencia le condenaron a catorce años de prisión.

Ahora, puedo revelar un secreto que he guardado: estoy segura de que se encuentra bien en la cárcel; digo esto porque allí los pederastas no suelen tener un buen final. Y lo sé porque el año pasado recibí una carta suya desde el penal. Quería solicitar la libertad condicional basándose en que supuestamente nosotras mismas, por nuestra propia voluntad, decidimos rodar las escenas y no hubo nunca violencia ni se nos forzó. He conservado la carta. Eso que dice es cierto, aunque ¿una niña de diez o doce años es plenamente consciente de sus acciones?

Él quería que cada una de nosotras le respondiéramos dándole la razón para argumentar su defensa. No ordenaba nada, ni amenazaba (jamás lo hizo), solo me pedía que escribiera mi propia opinión sobre toda la historia, ahora que ya era una mujer adulta.

Antes de que las fotos y los vídeos salieran a la luz, nadie sabía nada: la sesión del tribunal estaba cerrada, existía el secreto de sumario. Se preservó nuestra intimidad y anonimato. Todo se hizo a puerta cerrada y nadie pudo enterarse de lo que ocurría. Solo unos pocos profesores fueron invitados al proceso para declarar sobre nosotras, pero, por supuesto, tuvieron que guardar silencio si no querían incurrir en un delito penal. Lo más difícil comenzó después. El peor período fue de los doce a los dieciséis años después de que todo esto llegara a internet. No era posible hacer amigos.

De repente, todo empezó: mis amigos comenzaron a despreciarme; me mostraban mis vídeos y me preguntaban: «¿qué diablos es esto?». Mucha gente en la que confiaba empezó a alejarse de mi lado, incluso aquellos que me conocían desde hace mucho tiempo. Mis amigas simplemente cambiaron de opinión sobre mí, como si ya no fuera una persona para ellas, sino una especie de promiscua delincuente. Las chicas me negaban el saludo y me llamaban *puta*. Pero los chicos, que eran quienes más me acosaban, se comportaron de forma realmente agresiva: me humillaron y me persiguieron día tras día... Me crearon una presión psicológica insostenible; aunque al menos nadie intentó hacerme daño físicamente.

Durante mucho tiempo no pude soportarlo y dejé la escuela; a lo largo de ese periodo de tiempo cambié cinco veces de escuela. Ni los propios profesores intentaron protegerme o salir en mi defensa. En uno de los colegios de último grado, me llamaron desde la dirección del centro y, allí mismo, tras ojearlo, giraron el monitor del ordenador hacia mí para mostrarme fotografías más pornográficas de las que circulaban aún por internet... El director y varios profesores más, después de hacerme pasar un terrible bochorno, dijeron: «¿Qué es esto?». Yo respondí: «Maldita sea, ahora tengo dieciséis años, ¿por qué me muestran esto? No tienen derecho a mirar mi vida pasada. Llamen a la oficina del fiscal y se lo cuentan, a ver qué opina. Está bajo secreto de sumario y no tienen derecho a meter sus narices en esto». Bueno, como se puede imaginar, me fui del colegio justo ese mismo día... Mi psique no podía ya soportarlo.

En la última escuela a la que me apunté estudiaba por la noche, y solo allí me encontré bastante bien. Los que estudiaban conmigo tenían pendientes sus estudios, su certificado, y eran casi todos adultos y personas mayores que solo se preocupaban de lo suyo. Acudían a estudiar después del trabajo y a mí no me hacían ningún caso; no sé si sabrían de mi vida pasada, no lo creo o tal vez después veían mis películas en su casa, pero no me importa; en ese curso nadie se metió conmigo.

En las escuelas anteriores no hubo ningún tipo de ayuda: ni psicólogos escolares, ni privados ni puestos por el Estado. Solo aparecieron cuando intenté suicidarme.

El primer intento fue a los catorce años. En total lo intenté tres veces: dos veces con sobredosis de pastillas y una vez me corté las venas. En todas las ocasiones, me salvaron; me encontraron a tiempo antes de morir.

De pronto, un día, me di cuenta de que no podía decepcionar a mis padres de esa manera porque ellos siempre me apoyaron. Lidieron con la humillación de la familia, pero me querían. Pensé entonces que si me suicidaba y fallecía sufrirían un gran dolor, y mis amigos, pocos pero fieles, también lo padecerían. Por cierto, mis padres sugirieron dejar la ciudad, mudarse con mi abuela lejos, pero

yo misma no quería moverme de mi ciudad, no quería huir. No era culpable de nada. Yo era una víctima.

Los libros me ayudaron a recuperarme psicológicamente; se puede decir que me salvaron. En general, me gusta mucho leer. Me encanta la ciencia ficción. El último libro que leí trataba de una chica *hacker* que se vengaba de sus viejos amigos por lo que le hicieron. Un libro bastante interesante...

Mi amor por la lectura viene de ese período de mi vida en el que sufría tanta soledad y marginación de los demás. Yo vivía según acuerdo al horario *casa-escuela-casa*. Lo único que me calmaba y me ayudaba en esa época eran los libros. Me sumergí en ellos para evadirme. Una vez mi papá se me acercó y me dijo: «Te traigo un libro de Julio Verne, ámate a leerlo». Era *Viaje al centro de la tierra*. Se convirtió en mi libro favorito. Empecé con él y leí hasta la mañana, durante toda la noche...; y de alguna manera me enamoré de la ciencia ficción y la fantasía.

Yo no escribo, o lo que hago es solo para mí (llevo diarios, con los pensamientos que me rondan por la cabeza, pero esto es personal e íntimo). Tal vez algún día escriba un libro. No sé sobre qué, pero probablemente de ficción. Jamás sobre mi vida, no tengo nada nada más que contar de lo que ahora escribo aquí.

Ya he pasado la etapa en la que quería suicidarme. Me di cuenta de que no era esa la solución por el simple hecho de que algunas personas me odieran. ¿Quiénes eran para mí? ¿Por qué debería darles la razón haciendo algo así?

Tampoco soy una especie de «persona traumatizada»; me encuentro bastante bien, pienso detenidamente y entiendo que he cometido errores, que mis intentos de suicidio son una estupidez; no existe una romantización del suicidio porque te sientes mal. Creo que ahora soy una chica normal, a la que le pasó algo malo en la vida, y eso es todo.

Por cierto, las demás chicas, mis antiguas amigas de la infancia y compañeras de las grabaciones, que yo sepa, están bien. Superaron supuestamente aquella etapa. Muchas de ellas se

casaron, aunque todo eso lo sé únicamente por rumores; ya que desde el juicio no he vuelto a tener trato con ninguna de ellas.

Pero el tren de esta historia sé que sigue en marcha y no sé qué hacer. No puedo detenerlo de ninguna manera. He asumido que me perseguirá toda la vida y me he resignado a viajar en él. Pensé que, tal vez, por mi propia experiencia, podría ayudar de alguna forma a quienes tienen historias similares. Pero no sé si se me escuchará. No he vivido nada sobrecogedor o traumático; muchas mujeres y niñas son violadas y les hacen cosas peores. Y lo que me pasó a mí me pasó porque era una niña estúpida.

Después de todos estos años, hay pocas cosas que me sorprendan, pero a veces lo consiguen; como cuando me llegan a decir que empiezo a exagerar sobre mi pasado, que «no es para tanto». Sé que suena increíble, pero, en la calle, de pronto, alguien me reconoce y entonces quiere hacerse una foto conmigo, un selfi con la chica más famosa de internet. Por supuesto, yo me niego. También me escriben mensajes personales y me ofrecen sexo a cambio de mucho dinero o, incluso, actuar en la industria del cine porno, como si yo fuera a orientar mi vida en ese camino. Pero, bueno, esas personas son adultas, yo soy adulta y, después de todo, nada te impide proponer cosas; ya no es delito con mi edad.

Aun así, gracias a esta historia y a todo lo que pasó después, encontré verdaderos amigos que me acompañaron a través del infierno vivido en estos años. Quienes me defendieron, quienes no creyeron en los prejuicios y rumores contra mi persona. Tengo esos amigos ahora, y me alegro de ello. Tienes que buscar el lado bueno de la vida.

Ahora mismo tengo muchos planes. Primero, quiero tener una educación superior, universitaria, a ser posible, no solo hasta donde he llegado. Me gustaría ser psicóloga. Ayudar a las mismas niñas o niños que hayan experimentado sucesos similares a los míos. También quiero mudarme, por decisión propia, a una ciudad más grande; igual a la capital. Aunque mi sueño es ir a los Países Bajos,

porque vi la película *Llamando a las puertas del cielo*, y se me quedó grabada en el alma. Me gustaría mucho visitar los lugares que salen en el *film*, sobre todo la playa del final.

Quizás algún día, más adelante, me plantee tener una familia e hijos. Pero llevo encima el temor de que yo tampoco pueda seguirles la pista, como ocurrió conmigo, porque vivimos en una sociedad cruel. Ahora el sexo está en cada esquina y los escrúpulos no existen a la hora de conseguirlo.

Y esto en definitiva es lo que quiero decir. Siempre necesitas ser fuerte; sea cual sea la situación en la vida en cada momento, debes ser tú misma y seguir adelante. No puedes simplemente entregarte, caer en la desesperación y arruinar tu existencia. Yo quiero vivir para mí, crear para mí, para mis seres queridos. Para que la gente pueda ver que, a pesar de los acontecimientos de mi pasado, no soy una mala persona. Y quiero mostrar esto al menos a quien quiera oírme.

María B.

CAPÍTULO 1

SAN SEBASTIÁN, PAÍS VASCO

Junio de 2019

El piso estaba en penumbra. En una oscuridad inquietante que se rompía al final del pasillo por los destellos intermitentes de la pantalla del ordenador. Bajo la media luz, eran visibles algunas fotografías salpicando al azar las paredes. Desde la entrada y hasta el fondo, los muros del apartamento de fino gotelé pintados en un verde pistacho albergaban recuerdos impresos de la infancia. Podía verse a Alberto, un niño sonriente, feliz, jugando en la playa de Benidorm junto a sus padres; con veinte años en la foto de boda de su hermana; con los compañeros de su promoción de Bachillerato; o en una orla universitaria de la Facultad Francisco de Vitoria tras graduarse.

Pese a haber terminado con una nota más que razonable la carrera de Educación y Psicología, con un grado en Educación Primaria en la UFV madrileña, su destino elegido había sido el País Vasco. Dos años de aprendizaje intensivo de euskera le habían permitido optar a uno de los puestos del colegio Salvelle, privado concertado y de alto *standing*, en donde poco a poco había conseguido ganarse una reputación y un sueldo, a su juicio, merecidos.

Acababa de llegar a su casa después de haber corregido en su despacho del centro escolar más de treinta exámenes. El final del curso se aproximaba y la última evaluación debía de estar lista a lo largo de los próximos días. Aproximadamente en un mes largo quedaría libre tras las recuperaciones de los alumnos más rezagados y tal vez fuera un buen momento para plantearse un viaje. Había mirado varias agencias y valorado precios y destinos. Quería irse a algún lugar exótico, tropical; tal vez a Cancún o las islas Galápagos. La cuestión era que necesitaba una escapada porque el nivel de

estrés lo estaba matando. El médico le había recetado unos tranquilizantes potentes para lograr conciliar el sueño, que cada noche se le escapaba por la ventana rumbo a otro dormitorio.

Su adicción a las tecnologías le superaba. Mucho predicar sobre autocontrol al alumnado para evitar el abuso de las redes sociales, y él era un adicto a ellas: Facebook, Instagram, YouTube y últimamente Vkontakte, la red social más popular de los países de la Europa del Este debido a su diseño y funcionalidad, a la que se suele denominar *el Facebook ruso*, con cien millones de usuarios activos. En el VK, Alberto había contactado con muchas mujeres jóvenes, bellas, de los países antaño englobados en la URSS, y con las que había intercambiado charlas, fotos y vídeos subidos de tono. Cada mes, cada día, cada hora libre, hasta el punto de absorber toda su vida en una falsa realidad virtual.

Esa red le había permitido descubrir el macabro juego de la ballena azul, donde adolescentes se retaban a participar en pruebas que acababan provocando lesiones graves a los jugadores, infringiéndose incluso la propia muerte como prueba final, en el peor de los casos. Y no solo eso. Buceando en la red rusa, se encontraba todo tipo de contenido ilegal, pirateo y pornografía. Gracias a los traductores en línea el idioma dejaba de ser un problema y los contactos cada vez son más fáciles, por lo que cuando Alberto descubrió el enlace que le dirigía a unos vídeos de chicas jovencitas que se mostraban en poses eróticas, fue sucumbiendo más y más a terrenos prohibidos. Un clic le llevó a otro sitio y de ese sitio saltó a la *deep web*, donde el material pedófilo circula sin problemas de censura ni control en su zona más oscura.

Él sabía que hacía mal, que no debía volverse a conectar a esas páginas, pero cada vez con más frecuencia abandonaba el porno común y descargaba pornografía infantil. La mente lo confundía. Cuando iba a clase veía a las alumnas con unas ropas que consideraba inapropiadas totalmente. Tops deportivos que dejaban ver sus vientres púberes, camisetas ajustadas con unicornios donde se marcaban sus pequeños pechos en desarrollo; falditas de vuelo, *leggings* apretadísimos... Volvía de sus clases en primaria como loco.

Sentía la necesidad de descargar la tensión sexual que acumulaba...; necesitaba masturbarse viendo a las niñas hacer escenas de adultos.

Arrancó el enrutador TOR y utilizó los buscadores de la *darknet* que le acercaban a las páginas onion indexadas. Un vídeo completo de esas niñas costaba diez euros. Casi regalado. Había días con ofertas especiales en los que un par de grabaciones largas las podía comprar incluso por menos dinero. Al final acumulaba en el disco duro de su ordenador portátil una carpeta cifrada con una amplia colección de películas rodadas por pederastas. Casi un centenar. Todo bajo el anonimato que ofrecía el navegador diseñado especialmente para ocultar la identidad.

Se relamió los labios en un gesto nervioso al pensar que iba a entrar de nuevo en sus páginas favoritas. No se percató de la presencia en su apartamento de alguien más. De un hombre alto, de complexión fuerte y abundante pelo canoso que se movía con absoluto sigilo por la estancia. Para cuando el profesor vio detrás de él una silueta reflejada en el monitor de veinticinco pulgadas, un brazo del atacante ya estaba alrededor de su cuello y el otro le impedía defenderse al sujetarlo con fuerza. Sintió que se mareaba, pues la sangre no ascendía hacia el cerebro. Aquel brazo fornido, ejerciendo la presión adecuada, impedía que la carótida realizara su trabajo y, por tanto, no enviara el preciado suministro de sangre oxigenada hacia la cabeza. Alberto cayó al suelo inconsciente en unos pocos segundos, como un peso muerto; como un muñeco inanimado abandonado por un niño sobre el sofá del salón, cansado de jugar con él.

Despertó al cabo, maniatado a una de sus propias sillas de la sala. Una mordaza hecha con un trapo de cocina y sujeta con cinta americana impedía que las palabras salieran de su garganta. Acaso podía emitir un leve susurro gutural si se esforzaba. Se percató también de que llevaba puesto el pijama. Alguien se había preocupado de colocárselo. Notó asimismo que la boca le sabía bien, a pasta de dientes. ¿Era posible que le hubieran lavado la boca y vestido para dormir? ¿Había entrado un ladrón en su casa o un loco perverso?

Oyó arrastrar un taburete de cocina y situarlo delante suyo. A continuación, el hombre fuerte que lo había inmovilizado se acomodó frente a él. Pudo contemplarlo de cuerpo entero.

—¿Ya estás despierto? Me alegro. Ahora podemos conversar tranquilos —le dijo con una sonrisa tenebrosa en el rostro.

El profesor no logró hacerse entender. Era imposible decir nada con el trapo sobre la boca. No obstante, giró la cabeza negando, en un signo de desconcierto.

—No puedes hablar, lo sé. Pero como estoy seguro de que vas a pedir auxilio nada más te afloje la mordaza, me temo que tendrás que limitarte a escuchar —continuó el misterioso personaje con un acento de fuera del País Vasco—. Verás, he comprobado que lo tuyo es el porno infantil, el auténtico, el fuerte. El que hacen esas niñas y con el que disfrutas cada noche.

—Mmmm...

—Sí, sí, lo sé porque tengo hackeado tu ordenador en modo remoto. Yo mismo te invité a una de las sesiones y aproveché para enviarte un virus, el cual te descargaste con uno de los vídeos. Eso me ha permitido ver todo lo que haces cuando entras en la internet oscura. Y he de decirte que no me gusta nada. Eres muy malo, te portas mal para ser un profesor respetable, ¿no crees?

—Mmmm...

—¿Sabes que esas niñas han sido explotadas desde que tenían diez años? No, claro, pero seguro que tampoco te importa demasiado. —El hombre hablaba solo, lanzando las preguntas al aire y dándose respuesta él mismo. Se levantó del asiento. Por un momento el profesor pensó que le iba a golpear, o algo peor—. ¿Cómo es posible que un educador pueda llevar esta doble vida? Si no podemos confiar en vosotros... ¿en quién lo vamos a hacer?

—Mmmm...

Alberto notó un mareo que le subía lentamente hasta los pensamientos. No era como el anterior, provocado por la maniobra de aquel hombre presionándole el cuello. Este era diferente, era un atontamiento generalizado que le impedía pensar con lucidez. Empezaba a perder fuerza en los músculos. Notaba como el corazón le latía más lento pese a la tensión de la situación, al igual que la

respiración. La vista se le tornaba borrosa y veía los objetos dobles en un carrusel de actuaciones. El sueño comenzaba a invadirle inexorable y lentamente.

—Supongo que empiezas a sentir los efectos del ansiolítico que te he dado —le informó el extraño justiciero—. Es el que el doctor te había recetado para tu bienestar; lástima que mientras estabas inconsciente te haya hecho tomar el paquete completo que guardabas en el cajón. Y de regalo los que te quedaban en el botiquín del baño.

—Mm...

—Aprovecha estos minutos que te quedan de vida para exhortar tus pecados. Si eres creyente reza y si no lo eres reza también; en ninguno de los dos supuestos te va a servir para nada.

El profesor ya no emitió sonido alguno. Una parada cardiorrespiratoria le provocó el deceso.

El hombre de pelo blanco, una vez comprobó el fallecimiento del inquilino, lo liberó con suma precisión y enorme cuidado de las ataduras que lo sujetaban, para no dejar marcas, y lo arrastró hacia la cama. Lo acostó sobre ella y dejó el bote del medicamento abierto encima de la mesilla junto a un vaso de agua a medio llenar. Una espumilla blanca burbujeaba entre los labios del pedófilo, que se habían tornado azules, al igual que las uñas de los dedos. Tenía los ojos abiertos, casi desorbitados, con una mirada entre la incredulidad y el miedo plasmada en el rostro.

Procedió a la limpieza superficial del piso pese a actuar en todo momento con guantes de látex de alta resistencia. No iba a dejar nada al azar. Después se dirigió al ordenador portátil para cargar los archivos inculpatorios en la pantalla. Trasteó unos minutos con el teclado, meneó el ratón por la pantalla, después revisó los cajones del escritorio, examinó la cartera de la víctima... Al rato soltó en voz alta un juramento y abandonó el inmueble con cautela. Comprobó por la mirilla que ningún vecino subiera o bajara por la escalera. Estaban en un cuarto piso, por lo que era poco probable. El ascensor estaba en silencio detenido en alguna planta. Salió al rellano, no sin antes colocar las llaves del propietario en la cerradura,

por dentro. Cerró entonces con suavidad la puerta y, con otra copia de la llave encontrada en un armarito del vestíbulo, giró el bombín hasta que la vivienda quedó aislada, guardando un secreto inimaginable en su interior.

El plan había resultado fácil. Más de lo esperado. Aunque no contó con un imprevisto de último momento. Era hora de planear mejor los siguientes pasos que pretendía dar, no había prisa.

CAPÍTULO 2

(TRES MESES DESPUÉS)

SAN SEBASTIÁN, PAÍS VASCO

Lunes, 9 de septiembre de 2019

Era un pie pequeño y esbelto. Un treinta y cuatro más o menos. Un pie delicado, bien cuidado. Limpio, suave, nada sudoroso, inodoro e insípido, casi tan puro como la selecta agua embotellada Berg Water, proveniente de los icebergs de la remota isla de Newfoundland en Canadá.

No se consideraba un fetichista adicto a los pies, un *foot fetish* como dirían los *snoobs*, pero David estaba un tanto ensimismado contemplando aquel miembro pequeño y frágil, aunque capaz de correr si era necesario cien metros en catorce segundos (eso sí, en compañía de su otro gemelo).

Abandonó el pie para descender lentamente apoyando la nariz y la boca en la tersa piel de la chica. Rebasó el montículo del tobillo y descendió, pues mantenía su pierna en alto, hasta la rodilla. Le dio un beso delicado. Ahí rozaba un poco más pese a la crema exfoliante. Dejó atrás la articulación y se dispuso a recorrer terrenos más gratificantes. Fue besando lentamente la cara interna del muslo, hasta llegar a una ingle sobre la que unos granitos diminutos daban fe de la reciente depilación a la cera. Del lugar emanaban delicados aromas de aceites esenciales, junto a las susurrantes notas del perfume íntimo que le llamaban sutilmente. Su nariz empujó los pliegues en búsqueda de una abertura para inspeccionar. Ella soltó una especie de gemido y bajó la pierna hasta apoyarla en la cama. Él tenía la cabeza entre las dos extremidades de la mujer y notaba como le apretaba con las mismas para centrarlo bien en el punto correcto. Su sexo cada vez rezumaba más pasión, además de un flujo similar a la savia de los vasos liberianos transportados hacia la parte inferior de las plantas. Al chico le estaba sabiendo a gloria. Celebró los

descubrimientos botánicos, la herencia genética expuesta según Mendel, y la singularidad femenina como si no hubiera un mañana. Jugueteeó con la lengua recorriendo el surco que bajo el pubis de pelo corto constituía el centro del universo en esos momentos. Besó, lamió, chupó, absorbió... disfrutó creando pasión y deseo a una mujer que cada vez le gustaba más.

Estiró los brazos para agarrar los pechos de su acompañante, abarcándolos con precisión certeza en el interior de las amplias manos. Cuando la chica se curvó ante la presión, como presa de un exorcismo de película, los pezones se le escurrieron de entre los dedos y notó como las costillas se marcaban al jadear. Ella, entonces, le apretó la cabeza con las dos piernas lozanas, finas pero bien labradas a base de ejercicio físico, hasta casi asfixiarle. Él tuvo que recuperar los brazos para labores de socorro y alejarlos de las montañas lejanas. Consiguió separar un poco las extremidades y culminar la faena manteniéndose consciente.

La chica gimió en un espasmo intenso y después lanzó un grito acolchado, un trueno perdido en la tormenta que se alejaba lentamente; aunque decirlo así pareciese una incoherencia. Intentó tirar del pelo a su amante para que se detuviera, pero al serle imposible porque lo llevaba cortado al dos, le arreó una colleja contundente en la nuca que resonó con eco, para rubricar de esa manera y colocar el punto final a un orgasmo ardiente y enérgico.

Saliendo del submundo inferior, secándose la cara con la sábana bajera, que estaba fuera de su sitio, el hombre ascendió hasta ponerse a su altura en la almohada sudada.

—Joder, creo que me he meado un poco y todo —dijo ella mientras se frotaba la cara enrojecida. Unas gotitas de sudor se le deslizaban indolentes desde la frente hacia el lóbulo de la oreja.

—¡Te toca! —Le recordó su pareja colocando los brazos con las manos entrelazadas en la nuca, a modo de soporte, como si estuviera tumbado sobre el prado verde en la cuenca del Goyerri, bajo la sombra de un haya centenaria de tronco grueso, corteza gris y ramas altas.

Su sexo, aplastado tanto rato bajo el propio peso del cuerpo, se alegraba de estar de nuevo libre de opresión y comenzaba a

ascender de manera modesta y no como el árbol del hayuco capaz de llegar hasta los treinta metros de altura. Maialen lo miró con una deliciosa semisonrisa pícara y sacó la punta de la lengua para humedecerse los labios.

El árbol alcanzaba todo su esplendor. Temiendo incluso florecer demasiado rápido rompiendo en una blanca pasión.

De pronto, el odioso sonido de un teléfono móvil arruinó la escena bucólica, erótico festiva, que se antojaba interesante.

«Nino-nino, nino-nino, nino-nino ni...»

Era el tono de llamada de un puto Nokia. Ese sonido característico que, aunque estaba decorado con unos compases más modernos, más refinados, con mayor calidad y camuflados bajo una guitarra española, seguían sonando igual de insufribles.

«Nino-nino, nino-nino, nino-nino ni...»

El noventa por ciento del personal de las policías, ambulancias, bomberos, protección civil y demás emergencias utilizaban a finales de la década de los noventa y comienzos de la siguiente el Nokia 5110. Era prácticamente indestructible. De tamaño pequeño para lo que existía hasta entonces, sencillo de manejar, robusto y con buena cobertura y calidad de sonido. Podía caerse al suelo que, como mucho, se le desmontaba la batería, fácilmente reinsertable en su compartimento. Se podía trabajar en la montaña nevada con frío y condiciones extremas, o atender un accidente de tráfico en pleno chaparrón de lluvia, o intervenir contra unos delincuentes violentos para inmovilizarlos. Daba igual. El terminal de la multinacional tecnológica finlandesa seguía funcionando sin problema. Una bomba de aparato y además el primero en incorporar un juego: el Snake, el de la serpiente. Lo único malo eran sus horrendas melodías repetitivas, como la que ahora imitaba a la perfección el moderno Samsung de Maialen.

«Nino-nino, nino-nino, nino-nino ni...»

Se incorporó hacia la mesilla aparador adquirida en una tienda de segunda mano, como varios de los muebles que decoraban el pequeño piso. Tenía por afición comprar mobiliario antiguo y luego posteriormente ella misma se encargaba de restaurarlo, puliendo, barnizando, decorando y dándoles una nueva vida. Una labor propia

de una artista delicada y sutil, con una espléndida calma, amén de una habilidad extraordinaria con las manos, algo que David ya conocía en sus propias carnes cuando se concentraba en darle placer con unos juegos masturbatorios que lo volvían loco.

Maialen desbloqueó la pantalla del móvil.

—No lo cojas —aconsejó su pareja—. Tenemos un tema pendiente ahí abajo...

—Es de la comisaría —exclamó ella a modo de excusa viendo el número entrante.

—Pues más a mi favor. Joder, son las siete de la mañana, aún no ha amanecido tan siquiera y además estás de descanso, no entras a trabajar hasta mañana martes. Déjalo apagado, que llamen a otro —rogó en un intento desesperado de evitar lo inevitable. Daba la impresión de que la matinal de sexo desenfrenado estaba a punto de echar el telón, dejando la función a medias haciendo mutis por el foro.

—Soy Guevara. Dígame —respondió con seguridad haciendo caso omiso a las súplicas de su chico—. Sí. ¿¿Cómo?? ¿En el puente de Zubiaurre? Qué fuerte... Sí. Entiendo. Ya está el forense de camino, vale. Sí, deme veinte minutos y estoy allí. Vale. Intentaré que sean quince... No, no se preocupe; bajo yo con mi coche en un momento. Hasta ahora.

—Sorpréndeme —exclamó él.

Maialen saltó de la cama dándole antes un beso rápido en los labios. Se fue disparada al cuarto de baño para tomar una ducha veloz, casi tan veloz como se movía por el pasillo. Su culo respingón bailaba alegre en su caminar, una preciosidad de culo.

—Era mi jefe. Parece ser que un supuesto suicida se ha arrojado a las vías del tren en Intxaurreondo —informó elevando la voz mientras abría los grifos del agua.

—¿Y tienes que ir tú? —protestó David—. ¿No hay ningún otro agente disponible para llevar el caso?

—De la judicial y homicidios no. Ángel y Juan Antonio están con un caso de violencia de género, Sara está enferma y los del turno de mañana aún no han entrado a trabajar.

—¿Y Josu, tu compañero? También está de descanso, ¿no?

—No contesta... Ya han probado a llamarlo —gritó antes de colocarse bajo el sifón y de cerrar la mampara.

—¡Qué cabrón! Ese sí que es listo...

- - - - -

Maialen Guevara era una inspectora de la Comisaría del Antiguo de la Ertzaintza en San Sebastián. Se encargaba de investigar los asuntos más feos de los que puedes encargarte: asesinatos, muertes violentas, suicidios... En fin, un trabajo reconfortante, o al menos lo es cuando logras solucionar cada uno de los casos abiertos, cosa no siempre posible para desgracia de los oficiales y de los familiares de las víctimas. Pero ella tenía un historial con un porcentaje de resoluciones más que aceptable. Además, tampoco era que el País Vasco tuviera una criminalidad tan alta como para estar todo el día en ello, sobre todo ahora que la lacra del terrorismo de ETA por fin había desaparecido.

David y ella se conocieron en la Academia de Arkaute, el santa sanctórum de los cadetes que aspiran a ser *ertzainas*, a principios de año. Coincidieron en unas conferencias intensas que debieron resultar una paliza terrible para los aprobados en la última OPE, la promoción veintisiete, y que desde octubre de dos mil dieciocho se encontraban sumergidos en el exigente programa de formación. Sobre todo, cuando lo que sin duda deseaban era salir a patrullar y vivir la intensidad de las calles vascas con el orgullo que les reportaba su uniforme. El tiempo les acabaría poniendo a cada uno y a cada una de las escasas agentes femeninas de esa promoción en su sitio; y el idílico puesto laboral a veces se truncaba en aburridos trabajos administrativos, incesantes escuchas telefónicas, horas muertas de seguimientos infructuosos y reiteradas intervenciones ante la misma gentuza que perturbaba la convivencia comunitaria; que entraba por una puerta del juzgado y acababa saliendo por la otra poco después.

La inspectora Guevara, además de resolver crímenes, era un ratón. Pero no de biblioteca, si no un ratón informático. Su interés por todo lo relacionado con los nuevos delitos ligados a internet, la convertían en una hábil investigadora que combinaba a la perfección

la experiencia adquirida a pie de calle durante los años que estuvo asignada a Seguridad Ciudadana y el ojo intuitivo personal en las pesquisas, con la abundancia de datos abrumantes que las redes sociales, los chats de ligoteo, las diferentes páginas de descargas ilegales y las abundantes páginas pornográficas (cada vez más) que la red de redes ponía a nuestra disposición. Combinando todos los factores se conseguían en ocasiones resultados sorprendentes. Nuestra presencia en la web deja una huella y un rastro que pocas personas saben evitar o diluir; e incluso parte de estas son también rastreadas, pese a sus precauciones, con potentes *softwares* espías y de seguimiento; casi todos en poder del CNI, pero algunos también en uso por las unidades especializadas en delitos informáticos, como el Grupo de Delitos Telemáticos de la Guardia Civil, la Brigada Central de Investigación Tecnológica de la Policía Nacional y la propia Sección Central en Delitos en Tecnologías de la Información de la Ertzaintza.

De todo ello habló la inspectora durante cuarenta y cinco minutos ante los ojipláticos cadetes que la miraban como a un bicho raro. Algunos se preguntaban cómo es que una experta informática, que trataba de convencer a los asistentes de la importancia innegable de los cuerpos que investigan en internet y les invitaba a reorientarse hacia esa línea de investigación, seguía trabajando como policía a pie de calle en la capital guipuzcoana.

Realmente David se preguntaba lo mismo desde la butaca en primera línea, puesto privilegiado para escucharla y observarla reservado a los que tenían algo que exponer esa tarde. Cuando terminó y abandonó el atril situado delante de la pantalla retroiluminada que usó como ayuda para los gráficos, un uniformado bastante madurito agradeció su exposición y soltó un rollo infumable sobre los recursos principales del cuerpo y las jerarquías establecidas, como repaso a un temario que los presentes habían aprobado ya, pero que no estaba de más recordarles, según se había decidido.

Aprovechando la desconexión mental que se produjo con el mando que exponía aquel sumario somnoliento, se fijó en Maialen Guevara. La vio intercambiar unas palabras con varios responsables de la academia y, después de unas sonrisas más o menos forzadas,

se sentó en la misma primera fila en la que él estaba, pero unos cuatro asientos más a la izquierda. Entre medio quedó un sargento de la Brigada Móvil que escuchaba atento y sonrió fugaz cuando vio que miraba hacia su lado. David devolvió la sonrisa, pero el corpachón enorme del especialista le tapaba casi por completo el de la inspectora vasca, mucho más menuda. Agazapado avanzó hacia donde ella estaba, pasando ante el de los antidisturbios, que lo miró extrañado. Logró finalmente sentarse al lado de la *ertzaina*. Esta lo observó abriendo los ojos como si hubiera visto un fantasma.

—Hola. Soy David Herrero, de la Jefatura Superior de la Policía Nacional en Bilbao —se presentó decidido.

—Hola, ya sé quién eres —respondió ella con un tono suave de voz y una sonrisa inolvidable—. Vas a continuación, lo pone en el folleto donde se expone el orden del día con la foto de los conferenciantes.

—Claro, es cierto —dijo él mirando la fotografía en el tríptico. Estaba empezando a parecer idiota—. Y tú eres la de arriba, es evidente... —La señaló en la misma hoja (cada vez más idiota).

—Sí, bueno; aparte de que he sido anunciada al comenzar mi disertación y ahora me han vuelto a nombrar. ¿Has estado aquí todo el rato? ¿Me has escuchado?

Parecía claro que ella también evaluaba a David como un idiota.

—De principio a fin. Me ha encantado lo que has dicho. De hecho, me ha sorprendido que domines de esa manera las redes y trabajos de inspectora en homicidios.

—Bueno, es compatible cien por cien la investigación tradicional con internet. Me han propuesto otras alternativas, pero no estoy interesada. Estoy a gusto donde trabajo y satisfecha con lo que hago.

—¿Y estarías interesada en que te hiciera otra propuesta diferente? —El policía nacional se lo jugó a una sola carta: o todo o nada.

Ella sonrió de nuevo ante el órdago.

—¿Cuál?

—Cuando termine mi turno, si este hombre me deja alguno de los cadetes despiertos y una vez concluya la sesión de hoy, nos escapamos y te invito a cenar en un chino. Así me puedes seguir contando cómo te adiestraste hasta llegar a ser una investigadora tan completa como tu currículum dice.

Maialen pareció sorprendida ante la propuesta, o acaso por el conocimiento de su trabajo que aquel chico demostraba.

Pese a parecer con pocas luces o con la mitad de ellas fundidas en el comienzo de la charla, David Herrero se había preocupado previamente de indagar algo de cada uno de los compañeros de la ponencia. No le gustaba ir de invitado sin tener muy claro tanto el tema a exponer (aunque en su caso siempre era el mismo, eternamente vinculado a los canes), como de qué se va a hablar en la sesión asignada. Sabía que Guevara, casi por pura afición personal, estuvo un tiempo estudiando la criminalística de internet para después aplicar sus conocimientos en la comisaria de *Donosti*. Es muy valioso en estos tiempos, imprescindible prácticamente, dominar las nuevas tecnologías y los recursos informáticos, pese a que en algunas poblaciones no estaban a la vanguardia de ello y debían recurrir a Madrid normalmente en el caso de la Policía Nacional. En Euskadi el asunto era diferente. La Unidad de Delitos Informáticos, dependiente de la Sección Central de Investigación Criminal y Policía Judicial, funcionaba bastante bien.

—No me gusta la comida china, y además en Vitoria sería un sacrilegio marcharnos sin comer algo de la tierra, ¿no crees?

—Por supuesto, a mí tampoco me entusiasma el regusto a glutamato —mintió el agente de la unidad canina—. ¿Eso es un sí?

Maialen rio por tercera vez. Tenía el pelo castaño, largo, recogido en una coleta. Se había puesto una pizca de crema en la cara y perfilado los labios con un carmín discreto para la ocasión. Las pestañas querían salirse de unos ojos verdes, color botella, perturbadores incluso, si no fuera por el carácter afable de la mujer que los dominaba y mantenía en su sitio.

Acabaron cenando en El Clarete, un restaurante de referencia cercano al casco viejo, donde la cocina tradicional vasca hermana con el modernismo de unos cocineros jóvenes e innovadores. Se tomaron una botella entera de vino de las bodegas Primicia de Laguardia (población imprescindible a la hora de mencionar los caldos de la Rioja alavesa), otra de cava catalán y, entre caminar serpenteante y taxi con precio desorbitado, terminaron en la habitación de ella en el hotel que le habían reservado.

Podía haber sido una noche de polvete intenso, pasión desenfrenada y orgía policial con esposas, porra y demás, pero no fue así. Las croquetas de hongos, los chipirones en su tinta y las habas con bombón de tocino (porque el alcohol no sería) terminaron sentándole a ella tan mal que tuvo que vomitar al menos en tres ocasiones, una por cierto sobre la chaqueta de su acompañante, antes incluso de poder quitársela. David, solícito, pidió una manzanilla al servicio de habitaciones. Maialen se quedó dormida tras el primer sorbo, despatarrada sobre la cama, cuan larga era, ocupándola en toda su extensión. David se fue al cuarto de baño a intentar arreglar el estropicio de la chaqueta. Aclaró durante un buen rato la prenda en el interior de la bañera para intentar quitarle el repulsivo olor a regurgitación. Tras lograr mayormente su cometido, la dejó colgada del radiador toallero, para terminar la velada dormitando sobre un incómodo sofá de tres plazas enano que recordaría durante toda su vida.

Esa misma noche, en aquel cuarto de hotel, David Herrero, de cuarenta y dos años, con amplia experiencia en el entrenamiento de perros para la detección de droga, e invitado de excepción por la propia Unidad Canina de la policía vasca por su laureada trayectoria, se enamoró de aquella mujer.

Hasta la médula de los huesos...

Ahora, aprovechando el fin de semana largo que a él le tocaba librar, pues entraba el lunes en el turno de tarde, se había acercado hasta la capital guipuzcoana para coincidir con los últimos días de descanso

de Maialen, y disfrutar de una compañía que cada vez se le hacía más necesaria.

Y, sin embargo, terminó quedándose sobre el colchón mientras veía como ella se marchaba tras vestirse de manera informal unos vaqueros claros, colgarse la funda con el arma en la cadera derecha y envolverse en una sudadera estampada decorada con huellitas de perro, camino de la escena del crimen. Lanzó a su amante desde la puerta de la escalera dos besos, uno por mejilla, que diría Sabina, y le recordó antes de cerrarla tras de sí que había café y bollitos en la cocina.

David dudó seriamente entre volverse a dormir, levantarse a desayunar o hacerse una paja.

Efectivamente, ganó esa última opción.

